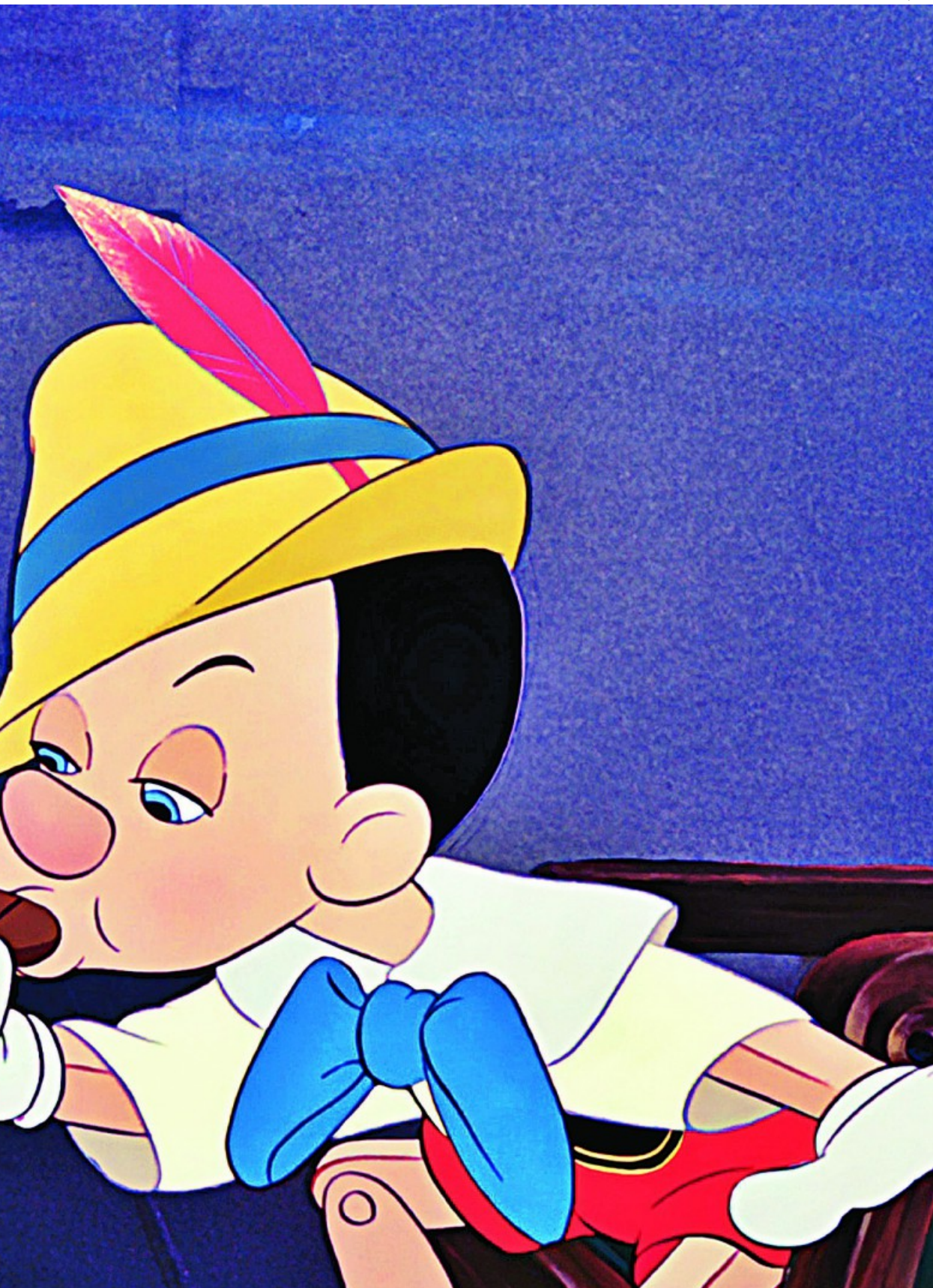


J. L. LEAL/ICAL



verdad es un juego artístico y azaroso, aquí utilizado para buscar de quién era realmente el escritor Alberto Bevilacqua. ¿Quién era? Exactamente quien las personas que lo conocieron querían que fuese, ni más ni menos. No hay verdad, no hay mentira, hay posibilidad, hay poesía.

Los ejemplos, a partir de aquí, son infinitos. Tenemos a John Self, el disparatado personaje principal de «Dinero», de Martin Amis; o Iris Chase, la viejecita terrible de «El asesino ciego», de Margaret Atwood; por no hablar

«Soy un mentiroso terrorífico, si voy a comprar una revista y me preguntan dónde voy, diré a la ópera», dice Holden Caulfield

«Una mentira repetida muchas veces se convierte en verdad», decía Lenin, como que sólo existen verdades y mentiras

de Tom Ripley, el embaucador asesino de Patricia Highsmith o esa maravillosa tragicomedia que es «La verdad y otras mentiras», de Sasha Arango. «Una sola mentira destruye íntegramente una reputación», señalaba Baltasar Gracián. Lo que no decía es que una sola mentira también cimienta una reputación, que no importa la verdad o la mentira, sino la posibilidad, el interés, la fascinación, la provocación estética, la maravilla y todo lo demás. La dictadura de la verdad tiene los días contados.

¡Mentiroso de...!

De JT Leroy a James Fray, la lista de escritores que fundaron su éxito en una falsedad es tan larga como el tiempo

C. S.- Barcelona

Una de las mayores mentiras del universo literario es: «escribe de lo que sabes». Si fuese así, entonces la literatura sería una mera redundancia, el eco de un rebuzno. ¿Qué sale del eco de un rebuzno? Pues otro rebuzno. ¿De verdad la literatura sólo puede ser el eco de un rebuzno? El problema de esta falsedad fundamental es que convierte a la autobiografía o la autoficción en la única fórmula posible de narrativa. Los escritores buscan la validez de su narrativa en su vida, lo que es por completo una estupidez mayúscula. Y aquí comienza el problema, porque entonces los escritores ponen más pasión en inventarse esa vida ficticia que en las obras que escriben.

Ese fue el caso de JT Leroy, o debemos decir Savannah Knopp o debemos decir Laura Albert o no debemos decir nada y reírnos del confuso esperpento. El caso es que a finales de los 90, Laura Albert publicó una novela, «Sarah» bajo el pseudónimo de JT Leroy en la que hablaba en primera persona de la vida de una prostituta adolescente aquejada de todos los males. Tuvo tanto éxito que todo el mundo se preguntó quien era esa JT Leroy. Albert

no era una adolescente ni mucho menos en esa época, así que cogió a la pobre Savannah Knopp y la paseó por ahí como si fuera la mladita escritora de vida lúgubre y escandalosa. Pero claro, todo se destapó, y aquellos que aplaudieron la sinseridad y viveza del texto de Albert quedaron como unos cretinos.

Lo triste es que el libro era bueno en sí mismo, no porque reflejase una historia verídica. Lo era porque reflejaba una historia posible, pero al no ser verídico se desacreditó por completo y JT Leroy volvió a sus orígenes, a ser una paria, no una mujer admirada por Madonna o Bono. Otra vez la dictadura de la verdad volvía a hacer estragos. Alpha Decay publica ahora «Chica, chico, chica. Como me convertí en Savannah Knopp», donde esta ¿actriz? cuenta su versión de la historia y que dará pie a una adaptación cinematográfica que se estrenará en septiembre con Kristen Stewart y Laura Dern.

Hay muchos más casos, como los de James Fray, Jonah Lehrer, Clifford Irving, que también demuestran que la literatura ha de pertenecer al mundo de lo posible, no al de lo real.

ARCHIVO



Savannah Knopp y Laura Albert en sus días de esplendor